

PRESENTACIÓN

Un concepto y una realidad reciente de alto impacto es el reconocimiento de la diversidad de las formas de pensamiento y de vida. Lo que se denomina en forma sintética biodiversidad, la cual comprende tres facetas: diversidad genética, diversidad biológica o natural y diversidad cultural. América Latina es una potencia mundial en biodiversidad. A los países ricos en ella —en el triple sentido mencionado— se les llama países megadiversos.

De los tres componentes de la biodiversidad, el más sugestivo para las ciencias sociales y humanas es la diversidad cultural. Esta rescata la identidad cultural y la plantea en el trasfondo de historias diversas y plurales, tradiciones múltiples que se cruzan y dialogan, esperanzas y expectativas de vida que se refuerzan positivamente. Hoy en día, el desarrollo integral de un país no es posible de espaldas a la diversidad cultural y a la diversidad de identidades culturales locales y regionales.

Este reconocimiento es tanto más importante para un país como Colombia. Nuestro país no es simple y llanamente un país nacional. Por el contrario, es de regiones, en las que las idiosincrasias desempeñan catalizadores magníficos que deben ser atendidos por parte de ciencias como la economía y la política, a partir del aprendizaje posible gracias a la antropología cultural, la sociología rural y

urbana y la historia y la historiografía.

La idea tradicional de desarrollo -nacional, social, político, en fin, humano- ponía todo el énfasis en el papel del Estado y en la idea de nación como un todo. En contraste, la historia más reciente rescata y fortalece la noción de identidad cultural, y la diversidad como fuente y garantía de desarrollo generador de capital social, capital humano y capital intelectual para una sociedad. Así, el rescate de, y el enraizamiento en la diversidad cultural se traducen al mismo tiempo en garantes del Estado social de derecho.

En efecto, los productos y los bienes de un país tienen un acervo cultural, y es éste lo que hace que dichos bienes, productos y servicios posean un carácter distinto a cualquier producción masiva e indiferenciada. Para Europa y recientemente para América Latina la identidad cultural se convierte en una pieza clave para su desarrollo. Ya no es posible que los países se desarrollen sobre modelos hegemónicos, sin diversidad cultural. Contra la idea clásica, pero crecientemente desgastada de homogeneidad, la autonomía territorial es una condición para lograr el desarrollo en un mundo crecientemente internacionalizado y mundializado.

América Latina y Colombia no han podido salir plenamente de la dependencia y el subdesarrollo -llamados eufemística-

mente “países con un grado medio de desarrollo” - debido precisamente a las fuerzas e intereses que quieren superponer una idea vacía y abstracta, excluyente y peligrosa, de nación que no reconoce la valía de las regiones y de lo local. La verdadera garantía para la democracia encuentra sus raíces en la autonomía y en la diversidad, esto es, en las oportunidades y fortalezas de los territorios.

La Universidad Externado de Colombia se enorgullece de hacer de la autonomía, la libertad y la diversidad, ideas-valores guías para todas sus actividades de docencia, extensión e investigación, con el respeto de la libertad de pensamiento. Nuestro compromiso ético firme con el pluralismo y la diversidad nos han otorgado un lugar propio en el escenario académico nacional e internacional. En este sentido, este número de OPERA reafirma los valores más caros de nuestra Casa de Estudios.

Por consiguiente, queremos expresar nuestra gratitud a los distintos autores que han concursado en la elaboración y compilación de este número, trabajos que son el resultado del proyecto “Desarrollo Territorial a partir de Productos y Servicios con Identidad”, financiado por la Fundación Ford y ejecutado por el Centro Latinoamericano para el Desarrollo Rural, RIM-ISP. Los autores han confiado en nosotros su obra, encargándonos la importante tarea de su edición y publicación.

Emprendemos con el mayor agrado este compromiso como una expresión de

promoción y defensa de los valores fundacionales de una sociedad democrática, abierta a todas las corrientes de pensamiento a partir de las experiencias locales, regionales y nacionales.

P RESENTACIÓN

Hace 70 u 80 años se inicia, con las políticas agrarias de la Revolución Mexicana, la historia del desarrollo rural latinoamericano. Desde entonces, la diversidad rural ha sido vista como un obstáculo al progreso. Las políticas de desarrollo rural promovidas por regímenes de derecha y de izquierda, populistas o neoliberales, antes y después del ajuste estructural y de la liberalización económica, han tenido como motor principal una idea particular de modernización de la agricultura: el objetivo más o menos constante ha sido “en lo fundamental” que los sectores “atrasados”, es decir, los campesinos, se suban al carro del progreso, simbolizado éste por el tractor, las variedades mejoradas, el uso de los fertilizantes industriales y la expansión del riego.

El aumento constante de los rendimientos agropecuarios ha sido el vellocino de oro de los diseñadores y gestores de las políticas de desarrollo rural en América Latina. Para esta afirmación, un paisaje de millones de parcelas pequeñas y dispersas, de rituales y formas de organización ancestrales, de bosques y aguas que son de todos y no son de nadie, de cultivos y variedades autóctonas, de sistemas de producción diferenciados en razón de una naturaleza llena de nichos y recovecos... no podía ser considerado sino como una verdadera pesadilla.

Contra esta marea de fondo se han ido tejiendo pacientemente, y no sin muchos tropiezos y errores, otras formas de entender y hacer desarrollo rural, desde lo que es propio a las sociedades rurales latinoamericanas, y no en contra o a pesar de ello. Los primeros pasos fueron dados a fines de la década de los 60, en el contexto de los programas de desarrollo rural integral. Fue en el Plan Puebla que por primera vez los científicos pusieron en juego, tímidamente, una idea que en ese entonces fue revolucionaria: había que hablar con los campesinos para tratar de entender por qué las variedades híbridas de maíz no estaban siendo adoptadas en las zonas pobres de temporal.

Desde entonces, mucho se ha progresado hasta llegar a un punto en que podemos leer el siguiente mensaje en el libro que el lector tiene en sus manos: La diversidad y, en particular, las diversas manifestaciones del patrimonio cultural, son una fuente de oportunidades para procesos de desarrollo que fortalezcan las capacidades de los grupos sociales rurales y que expandan las libertades de las personas que integran las sociedades rurales de América Latina.

¿Por qué es este un mensaje convincente y política y económicamente viable hoy en día? Por muchas razones, de las cuales me interesa destacar tres que

me parecen significativas y cargadas de potencial en América Latina. En primer lugar, porque está siendo superada la idea de que lo rural es sinónimo de agricultura: paisaje, recreación, agua fresca no contaminada, biodiversidad, salud, naturaleza, tradiciones culinarias, son servicios que las sociedades valoran crecientemente y que esperan recibir, en gran medida, de los habitantes del mundo rural. El patrimonio cultural de los campesinos contaba poco cuando se trataba de producir granos básicos, pero hoy encuentra un correlato en las nuevas expectativas de los ciudadanos. Ello a su vez abre nuevos espacios para la agricultura campesina; por ejemplo, la defensa que se hace en México de los maíces criollos no tendría sentido ni futuro si no fuera por este emergente, todavía embrionario y difuso, nuevo contrato social entre el mundo rural, los ciudadanos y los consumidores urbanos: “Sin maíz no hay país”, no es una consigna para el aumento de los rendimientos o para la mecanización de la agricultura, sino una propuesta sobre un tipo de sociedad deseada... ¡gran diferencia!

Un segundo motivo es el renacimiento de las culturas indígenas. Hasta no hace mucho era un discurso extendido el sostener que a los indígenas había que asimilarlos para modernizarlos... Hoy, solo los sectores más reaccionarios se atreven a seguir sosteniendo este punto de vista. Ello es una respuesta a la movilización y a la toma de conciencia de los pueblos indígenas, pero también es el resultado

afortunado de la globalización de valores que la humanidad hace exigibles a todas las naciones que quieran ser actores respetados en el concierto internacional. En países como México, Guatemala, Ecuador, Perú y Bolivia, grandes sectores rurales pueden ahora expresarse y participar en la sociedad nacional y global desde su identidad étnica.

En tercer lugar, están cambiando los hábitos alimentarios de los latinoamericanos y de los consumidores globales de productos latinoamericanos. En la canasta alimentaria de grandes grupos de la población, disminuye el peso relativo de los *commodities* como los granos básicos y las raíces y tubérculos, y aumenta la participación de productos que ofrecen grandes espacios de diferenciación, como los lácteos, las frutas y verduras frescas y otros productos de mayor valor. Aparecen, además, segmentos de consumidores que valoran tipos especiales de alimentos: orgánicos, *fair trade*, étnicos, tradicionales... Lo importante es que junto con la demanda se han establecido instituciones y mecanismos que transmiten información confiable entre productores y consumidores separados por grandes distancias sobre las calidades de los alimentos: sistemas de certificación de calidad, redes técnicas, mecanismos de trazabilidad, marcos legales, estándares públicos y privados, tecnologías de logística y de manejo de redes de abastecimiento capaces de administrar grandes volúmenes de información sobre miles de toneladas de alimentos que

cruzan las regiones y los océanos cada día, los cuales permiten que el consumidor sepa que el café que está bebiendo en su casa en Amsterdam fue producido por un campesino miembro de una cooperativa nicaragüense, que sigue los estándares de la producción orgánica y que el producto ha sido comercializado de acuerdo con las normas y los valores del comercio justo.

Los textos editados por Maria Fonte y Claudia Ranaboldo son un aporte oportuno a la reflexión sobre estos procesos de desarrollo territorial rural con base en productos y servicios con identidad. En mi opinión, una idea central que surge de los diversos artículos, es que el componente identitario tiene el potencial de dar curso a efectos que vayan más allá de la generación de nuevas oportunidades de empleo e ingreso para los pobres rurales. Si el desarrollo rural se comienza a entender también como un proceso de profundización y renovación de las identidades sociales, podemos tal vez aspirar a una modernidad que no sea sólo eficiencia técnica y capacidad de participar y competir en los mercados, sino que asimismo se defina por una mayor cohesión social, por mayores espacios de ciudadanía y por sentidos de pertenencia más profundamente arraigados, desde los cuales encarar en forma solidaria las incertidumbres de la globalización.

Al mismo tiempo, este libro deja en claro que existe un abismo entre una estrategia de desarrollo a partir del rescate y de la valorización de las identidades de las

sociedades rurales, y una actitud conservadora y nostálgica que mira el pasado como una respuesta a las amenazas y a los daños reales de la globalización. El desarrollo con identidad no es un refugio y si se lo ve así, se le terminará castrando. El desarrollo rural con identidad pasa por la innovación y el cambio en las instituciones, en las organizaciones, en la producción y el comercio, en las políticas públicas y en las relaciones sociales. Al fin, no es más que la afirmación de que la modernización más sustantiva es la que revitaliza y profundiza aquello que nos da identidad. No es, en mi opinión, un proyecto contra la globalización, sino una forma de ayudar a construir los términos desde los cuales queremos participar en la globalización.

JULIO A. BERDEGUÉ

